

IGNACIO LÓPEZ

EL **JULI**

sin comillas

IGNACIO LÓPEZ

EL JULI
sin comillas


ESPASA

© Ignacio López Escobar, 2014
© Fundación El Juli, 2014
© Espasa Libros, 2014

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente
Fotografía de cubierta: Bernardo Doral
Fotografías de interior: Arjona, Mauricio Berho, Botán, Enrique Caña, Carlos Cazalis, De Alba, Alberto de Jesús, José R. Lozano, Madrigal, Mateo, Jason Morgan, Palomares, Francisco Ramírez y Alberto Simó

Depósito Legal: B. 5.379-2014
ISBN: 978-84-670-4103-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Preimpresión: Safekat, S. L.
Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662—664
08034 Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Roberto Domínguez	11
INTRODUCCIÓN	13
1. EN LAS CALLES DE SAN BLAS	15
Al salir de clase	24
«No hace falta enseñarle nada»	30
El niño que podía cambiar el rumbo del toreo	35
2. AL ENCUENTRO CON <i>FELIGRÉS</i>	42
Inmigrante en México	44
Una infantil melancolía	47
El novillo que cambió su vida	51
El ídolo de México	56
3. ¡PASO A EL JULI!	63
La fantasía del capote	68
Más allá del ruedo	73
España se maravilla	76
Una cornada «de espejo»	81
¡Que viene El Juli!	87

INTERMEDIO	97
4. EL MATADOR MÁS JOVEN DE LA HISTORIA	99
Primera cita en la cumbre	104
«Juli, hermano, ya eres mexicano»	107
El fenómeno y su elección	110
José Tomas vs. El Juli: el destino es paciente	115
Un volcán de valor y torería	119
El desenlace del vértigo	122
Adiós, Ignacio	126
5. RAZA DE FIGURA	130
La prueba de Madrid	133
Los «buenos aficionados» y los «júligans»	137
¿Un juez ebrio?	142
Derbi madrileño de ida y vuelta	149
La sangre de mi hermano y el misterio de <i>Cartucho</i>	154
El «megapollo»	161
«Mira, papá: dos orejas en Bilbao»	164
Como el bozal de un perro de presa	168
Apoteosis con final en comisaría	171
6. LAS DOS CARAS DE UN SUEÑO	175
Vuelta a la Escuela y a Pamplona	177
La cumbre de Logroño y los sueños al «desván»	183
Escenas inéditas	188
El año más duro	191
La gran victoria	195
Un rayo de luz	202
Cuesta arriba también se camina	205
Como un tablero de ajedrez	208
7. SEVILLA, 21 DE ABRIL DE 2013	213
8. UN PASEO POR EL FREIXO	233

1

EN LAS CALLES DE SAN BLAS

El Juli soñó una noche ser Joselito el Gallo, aquel torero total, sabio rey de la Fiesta de primeros del siglo XX y arquitecto de las estructuras del toreo moderno. A unos días de su séptimo cumpleaños y sin haber intercambiado nunca una palabra de toros con su padre —el referente taurino más cercano— mi hermano ya soñaba a voz en grito con ser también el rey de los matadores y, como Gallito, dominar a los toros y así dominar todo el toreo.

Apenas una década más tarde, cuando despertaba de una anestesia tras ser intervenido de una cornada, en sus primeros susurros no preguntaba sobre su estado o por dónde se encontraba:

—Toros, toros, toros... Quiero ser el mejor, quiero ser el número uno.

Era el verano de su primer año como matador de alternativa y el cirujano de la plaza de Calahorra revelaba con estupor aquellas primeras palabras de Julián tras, por aquel entonces, su percance más grave.

Pero aquel no era el primero. De hecho, unos meses antes sufrió otro en la Maestranza de Sevilla. Esta vez, entre el sopor

de la anestesia y ya en un hospital de la ciudad, balbuceaba solo dos sílabas:

—Toro, toro.

Cuando abrió los ojos, consiguió distinguirme a mí, su hermano Ignacio. Y de inmediato me preguntó:

—¿Qué he cortado?

—Tres orejas —le respondí—. Y te han pedido hasta el rabo.

—¿Y no lo ha dado?

—¡Tres orejas, Juli!

—No ha dado el rabo... Hijo de puta, no ha dado el rabo.

Y Juli, mientras le inundaban las reacciones del desconcertante despertar, insultaba al sueño, llorando con infantil amargura por culpa de la enfermiza ambición.

Tener el toreo metido en la cabeza lleva a eso. A vivir únicamente pensando en el toro, como si todo en la vida girara en torno suyo. Un sentimiento pleno, asignatura infinita en la que cada día quieres aprender una lección más. Te sientes desnudo, vacío por dentro, si no sientes de cerca algo que se pueda relacionar con el toro. Y a Juli esta obsesión le llegó muy pronto, quizá demasiado. Tan pronto que sacrificó su juventud y parte de la infancia. No le importó. Es su felicidad y su vida. Algo tan grande que pocos son capaces de entender.

Ser el mejor, el más grande, es un camino sin salida. Él lo busca y se ha involucrado plenamente en la senda más complicada para conseguirlo, pero a la vez la más meritoria: la que exige el triunfo continuado, sin respiro, el conquistar cada una de las plazas de toros que pisa, el tirar sin descanso del carro de la Fiesta cada temporada con todas sus consecuencias. Tienes que saber que no te está permitido un solo resbalón, asimilar que todos los ojos están pendientes de ti. Un camino que se resume con una sola palabra: responsabilidad.

Y él lo ha decidido así, porque así anteriormente cumplieron los más grandes. Teniendo claro que para estar en este mundo has de ser el mejor, tal y como le «exigió» su padre como condición cuando, el mismo día en que hizo su primera comunión, Juli le dijo que quería ser torero.

Pero ese es un camino que lleva a un pronto hastío a los aficionados, hartos de ver triunfar a los toreros que se marcan tan alto listón. Es ley de vida: nos atrae la novedad y nos aburre lo cotidiano. La presión popular pudo con dos toreros que buscaron la misma gloria que ahora quiere El Juli: Joselito El Gallo y Manolete. A favor de Julián está su insultante juventud, su pasión indomable, la búsqueda constante de mejorar su amplia y prodigiosa tauromaquia. Y una personalidad arrebatadora que deberá encontrar, con el paso del tiempo, su auténtica expresión.

Estas virtudes le ayudarán a soportar «el peso de la púrpura», expresión que viene a definir la responsabilidad y exigencia extrema por parte de los públicos. Ese peso que ahora, justo cuando la vida le devuelve algo del tiempo «perdido», carga sobre sus espaldas y que esperemos consiga aliviar de una vez por todas para poder disfrutar del toreo como él se merece.

El Juli no es de Velilla de San Antonio, aunque muchos así lo sentencien. Seguramente pasó más tiempo en México cuando, siendo todavía un niño, tuvo que irse allí para poder torear en público. Sus verdaderas raíces están en el madrileño barrio de San Blas, donde vivió hasta cumplir los diez años; o incluso en el barrio de La Concepción, donde estudiaba por las mañanas y jugaba por las tardes.

Pero Juli no es de Velilla ni de Arganda del Rey, aunque allí esté su preciosa finquita de recreo, llamada Feligrés. Ni

tampoco es de Olivenza, donde cumple el sueño de todo torero de disfrutar de su propia finca ganadera, El Freixo, su auténtico refugio cuando no ciñe el traje de luces...

Él es el único culpable de esta incierta procedencia, pues nunca se ha preocupado de desmentir el dato. Estas cuestiones menores nunca le han importado. Ni estas, más o menos insignificantes, ni otras que los demás, en su momento, creíamos catastróficas. Ahora me llega el recuerdo de aquella mañana de febrero, cuando le despertamos angustiados tras ver en todos los informativos de la televisión mexicana la repercusión de su celebración en el monumento del Ángel de la Independencia, solo unas horas después de cortar su primer rabo en la Monumental de México. Me impactó la pasmosa serenidad ante nuestra desesperación. Es más, lo único que le molestó fue que le despertaran. «Son cosas mías», nos dijo. Y es que ignorábamos la promesa que se hizo años atrás, de cuando, niño novillero y medio «canino», paseaba por la avenida de Insurgentes.

Realmente, Julián López Escobar nació el 3 de octubre de 1982 en la clínica San José, de Madrid. Es el hijo menor del matrimonio formado por Julián López López y Manuela Escobar Mendoza. Nuestro padre es de Jaén, de las faldas de la sierra de Cazorla, donde nace el río Guadalquivir. Pertenece a una familia de rubios y castaños que procede, seguramente, de los colonos alemanes que llegaron en tiempos de Carlos III para el proyecto de repoblación de las zonas deshabitadas de Andalucía tras la reconquista.

El primer Julián López de la saga tuvo afición al toro desde muy pronto, y como tantos jóvenes de la época yeyé encontró en las capeas de los pueblos la única vía para poder torear. En compañía de otros toreritos hacía piernas de pueblo en pueblo buscando el aliento del toro. Entre aquellos compa-

ñeros de fatigas se encontraban José Ortega Cano o Paco Alcalde, que luego serían figuras. Pero también estaban Armando Gutiérrez, que veinte años después se convertiría en mozo de espadas del segundo Juli de la historia, Antonio Corbacho y Enrique Martín Arranz, con quien incluso compartirá apoderado. Quién les iba a decir en aquellos tiempos a Julián padre, a Antonio y a Enrique que se iban a convertir pasados los años en los correspondientes mentores de tres colosos del toreo como El Juli, José Tomás y Joselito, respectivamente.

De entre aquellos maletillas, nuestro padre era uno de los que más destacaba. Era afanoso y valiente. Salía a la plaza y lo único que quería era triunfar. Bullía, banderilleaba y le encantaba torear. Pero no buscaba eso que ahora es muy común escuchar entre los toreros, lo de disfrutar. De hecho, no recuerda qué le hizo al novillo en sus tardes más triunfales. Por eso no hay similitud alguna entre la forma de torear que tenía el padre y la que tiene el hijo. En lo único que se parecen es en la fuerte afición y el afán de triunfo.

Aquel primer Juli de los setenta tuvo éxito en sus primeras novilladas sin picadores, sobre todo en la localidad madrileña de San Sebastián de los Reyes, donde repetía triunfos. Pero fue allí precisamente donde se truncaría su carrera por un grave percance en un ojo que acabaría por perder. A pesar de los sufridos intentos por volver a torear, lo que finalmente conseguiría, ya andaba excesivamente mermado y, muy a su pesar y debido también a las necesidades económicas, decidió abandonar sus sueños.

A mediados de los ochenta, Julián López senior regresó a los ruedos, aunque cambiando en los vestidos los bordados de oro por los de plata. Únicamente actuó en novilladas y festivales, sobre todo a las órdenes de los alumnos y los novilleros surgidos de la Escuela de Tauromaquia de Madrid: Cascorrito,

Fernando José Plaza; Jesús Pérez, *El Madrileño*; Manuel Muñoz, *Sevillita* —al que un día llamaría para incluirle en la cuadrilla de su hijo, aún becerrista— e incluso José Miguel Arroyo, *Joselito*.

En esa época coincidió también en muchas tardes de talanqueras y plazas portátiles con dos banderilleros de los que era muy amigo: Eugenio Moreno, *Eugeniete*, padre del matador de toros Eugenio de Mora, y Antonio González, *El Campeño*, al que mi hermano y yo vimos su cogida mortal una tarde de mayo en Las Ventas desde nuestros abonos en la andanada del 6.

Julián padre es un hombre de carácter, inteligente, astuto, minucioso, perfeccionista..., pero ante todo trabajador. Posee un incansable tesón inconformista que sembró de joven para ganarse la vida donde surgiera y que traslada a todo aquel que le rodea. Su sabiduría taurina se alimenta y amplía gracias a la viva actividad de su hijo menor. Y, quizá, de no ser padre de quien es, hubiera sido un notable apoderado de toreros. De hecho, propuestas ha tenido para ello. Pero como le dice su mujer cuando bromea del tema:

—¿Es que no tienes bastante con tu hijo?

Ella se llama Manuela y es el faro de la familia. Extrovertida, afable y amiga de sus amigos. No hay quien de ella tenga una mala palabra. Es una persona fundamental, imprescindible en la vida de Juli. Como fue doña Angustias para Manolete o la *señá* Gabriela para Gallito. En realidad, todo en casa gira en torno a ella cuando los conflictos requieren de alguien para escuchar y aconsejar. Se podría decir que Julián tiene a su padre para el toro y a Manuela para su vida. Tanto el uno como la otra, cada uno en su papel, son la razón de ser de El Juli.

Manuela es de un pueblo toledano llamado Villamuelas y tiene mucha vinculación con el mundo del toro, pues sus her-

manos y su padre organizaban festejos en muchas plazas, muy modestas casi todas, especialmente de la provincia de Toledo. Ella les ayudaba en la taquilla, vendiendo entradas. Y en una de aquellas novilladas conoció al Julián novillero gracias a Campeño, amigo de mis tíos y banderillero del primer Juli. Fue en Villanueva de Bogas, también en Toledo, y aquel día, al tiempo que se agotaban las entradas, las nubes negras iban amenazando con el diluvio y la posibilidad de la suspensión. Y es que, como siempre, la suerte jugaba una baza fundamental para que hubiera beneficios o «ruina» en aquellos festejos menores. Pero al final brilló el sol.

Desde luego que en lo que más ganaba la familia de mi madre en aquellas novilladas era en anécdotas y en amigos. Porque, además, mi abuelo Emilio no permitió nunca la figura del «ponedor», que nadie pagara por torear. Muy al contrario, siempre intentaba que quedara algo para los chavales.

Después de que mis padres se hicieran novios, no tardaron mucho en trasladarse a Madrid, donde se casaron. Y en apenas un año vendría al mundo una niña a la que Julián quiso llamar como su mujer. Cuatro años después llegaría yo, el segundo hijo. Y me bautizaron como Ignacio porque así se llamaba nuestro abuelo paterno, tan querido, tan llorado y tan admirado.

Y cuando ya se trataba de olvidar a Naranjito, la mascota de aquel Mundial de fútbol en el que España fracasó estrepitosamente, cuando Felipe González estaba a punto de ser elegido presidente del Gobierno, cuando Paco Ojeda triunfaba en Barcelona, nació Julián, al que sus padres pensaron llamar Víctor, para berrinche de mi hermana Manoli.

Después de vivir un tiempo por la zona de Embajadores, la familia se instaló definitivamente en el barrio de San Blas, en la calle Fumistería. Aquel era un piso que cualquiera puede

dibujar en su mente cuando lo defino como humilde, aunque con lo necesario para no quejarse demasiado. Estaba en el primer piso de un pequeño bloque de tres y teníamos como vecino a un anciano con un agujero donde debía estar una oreja que, según él, había perdido en la guerra civil.

Al abrir la puerta de nuestra casa te encontrabas a un lado la cocina y al otro el baño. Avanzabas cuatro pasos y llegabas al salón. Girabas a la derecha y, al final del corto pasillo, situabas las tres habitaciones: la de la izquierda, la más grande, era la de mis padres, al frente estaba el cuarto de mi hermana y a la derecha la habitación de los chicos, con literas en lugar de camas para no engullir más el escaso espacio. Uno de los pocos lujos del hogar era una preciosa mesa de cristal que un día, en una de nuestras trastadas, se cargó Juli. El mundo se le vino encima. Llamó a mi madre por teléfono y nada más descolgar se apresuró a decir:

—Mamá, ¡me quiero morir! —Y a Manuela le hizo tanta gracia que la bronca fue bastante menor de lo previsto.

A la espalda de la casa se abría una explanada común de los vecinos donde las mujeres tendían la ropa y desde donde los domingos por la mañana nos despertaba la mítica armónica del afilador. Allí jugábamos a las canicas, a las chapas y al fútbol, aunque cada vez se nos hacía más difícil por cómo se iba poniendo el barrio, porque los regates, más que a los rivales, se los tenían que hacer a las jeringuillas y a los condones.

Pero pronto conocimos un ángel de diez años llamado David, que tenía arrestos de sobra para defendernos de los gitanos malos y para llevarnos a jugar al Parque El Paraíso, un lugar mucho más apacible, donde los ancianos se entretenían jugando a la petanca y a la rana, y nosotros podíamos sacar nuestros mejores juguetes sin miedo a que nos los robaran.

Estábamos inscritos en el cercano colegio Pablo Casal, un centro con todos los matices inherentes a uno de los barrios más conflictivos del Madrid de entonces. Para todos, y sobre todo para los hijos, fue a la postre una experiencia sorprendentemente educativa. Un pistoletazo de salida nada fácil, el idóneo para calibrar cabalmente el valor de las cosas. Un tópico, sin duda, pero que no deja de ser cierto.

Un pistoletazo decía... Y es que aún guardo en la memoria la imagen de aquel vecino, el que perdió la oreja en la guerra, yaciendo en el suelo, herido involuntariamente delante de nosotros cuando dos tipos solucionaron a disparos un ajuste de cuentas. Yo salía del colegio de la mano de mi hermana, a la que días antes habían atracado en el andén del metro de Simancas.

Como mi madre llamaba a mi padre Julio, mi hermano no era Julián, era Julito. Y aunque pase en el recuerdo como un crío travieso y revoltoso, era más bueno que el pan. Y yo, con fama de bueno por mi carita, le «bicheaba tela». Si quería algo que él tenía, le amenazaba con que no le iba a querer, y Juli enseguida cedía. Porque las canicas, como éramos unos hachas, las conseguíamos ganándonoselas a otros. Y las chapas las pedíamos en el bar, después de comprar el Ducados de mi madre en la máquina de tabaco. Incluso nos fabricamos un *pinball* casero de lo más chulo, sobre una tabla y a base de clavos, pinzas de la ropa y gomas.

Estábamos muy unidos y lo compartíamos todo, amigos, juguetes... e incluso sueños: aún recuerdo el de aquella noche en que los dos soñamos que nos perdíamos en el metro y buscábamos desesperadamente la forma de llegar a casa. Al despertar, cuando nos lo contamos, las dos versiones coincidían, de forma curiosa. Claro que, de vez en cuando, también nos currábamos. El daño que habrá hecho Rocky entre los chava-

les de nuestra generación... A Juli, como era rubito, le tocaba siempre el papel del ruso de una de las películas de la saga del boxeador americano. Nos poníamos una almohada debajo de la camiseta y venga, a zurrarnos. Lo malo es que al final siempre se nos iba la mano y nos teníamos que inventar una excusa con mis padres para justificar los chichones.

Pero no solo hacíamos «boxeo», también practicábamos el *pressing catch*, como el Último guerrero, el Enterrador, Terremoto Earthquake, los Sacamantecas... Nos partíamos el pecho de la risa imitando los bailes con los que aquellos personajes entraban al *ring* y también nos rajamos algunas camisetas imitando a Hulk Hogan. Luego hacíamos las mismas llaves y volteretas en la cama. Acabábamos asfixiados, justo cuando uno de los dos se rendía. Con mis padres trabajando fuera de la casa, estábamos completamente asalvajados.

AL SALIR DE CLASE

Seguíamos viviendo en San Blas, pero no creo que Juli fuera consciente de lo que supuso para mi hermana Manoli y para mí cambiar de escuela, dejar atrás aquella ferocidad del Pablo Casal... Y es que nuestro nuevo colegio era de un contraste extremo: se llamaba La Casa de la Virgen y estaba en el barrio de La Concepción. Posiblemente era el mejor colegio de una zona donde Julián y Manuela habían creado su nuevo negocio, una tienda de bordados —de Creaciones del hogar, como se anunciaba— que mantuvieron fructífera gracias a la experiencia que en ese arte tenía mi madre desde niña y al empeño de mi padre en aprender primero y pulir después el oficio de la tapicería y la instalación de cortinas y sedas.

El buen devenir del negocio fue fruto de una dedicación plena. Muchas madrugadas las sentíamos transcurrir bajo el incesante traqueteo de las máquinas de coser para tratar de acabar todos los trabajos a tiempo. Julián se encargaba del transporte y la instalación en los domicilios de las telas que confeccionaba Manuela desde la tienda, para sufrimiento de su vista y de sus manos.

Contaban con muchos clientes habituales, y entre ellos las mujeres o las madres de famosos personajes del momento, como la de la cantante Luz Casal, la de Chechu Biriukov, jugador de baloncesto del Real Madrid, o la de Dani Mezquita, del grupo musical Hombres G, que nos regaló una camiseta que duró tanto que en un reportaje de Juli para Galavisión se le puede ver varios años después entrenando con la serigrafía de «Marta tiene un marcapasos» marcada en el pecho. Pero, sin duda, los trabajos más importantes y los mejor recompensados eran los del lujoso hotel Ritz, de Madrid, donde miles de esas fundas bordadas para las sillas han palpado las espaldas de celebridades de todo el mundo.

Ajenos al intenso trabajo de nuestros padres, nosotros disfrutábamos de la infancia y de nuestros otros coleguitas. A David, el ángel de San Blas, le veíamos cada vez menos porque, además de estar menos tiempo allí, cuando llegábamos del colegio preferíamos comprar una tableta de chocolate y una barra de pan al salir del metro y quedarnos en casa merendando y viendo la serie de dibujos animados del momento: *Óliver* y *Benji*. Pero cuando la serie se hacía tan larga que una jugada del partido podía durar dos o tres capítulos, nos gustaba más quedarnos a jugar en La Concepción y con nuestro nuevo mejor amigo, Polo, un golfete del barrio que huía de la casa donde vivía con su padre porque creo que allí nunca encontraba la paz. Se lo pregunté una vez y, al no responderme, nunca más insistí.

Polo esperaba cada tarde en la puerta de la tienda a que sus amigos terminaran con los deberes que a él no le exigían. Allí aguardaba abrazando un balón curradísimo, dando conversación a nuestra madre, aunque ella solo ocupaba su vista en la máquina de coser. Ya juntos los tres, nos enfundábamos las camisetas del Atleti, con los números de los ídolos colcheneros del momento bordados por mi madre: el 7 de Manolo, el 9 de Baltazar y el 10 de Paulo Futre. Saltábamos el vallado campo de fútbol de San Pascual y nos poníamos a jugar hasta que el sol se cansaba de nosotros. Volvíamos a la tienda agotados, con las rodillas despellejadas, y nos quedábamos fulminantemente dormidos en el coche de mi padre cuando regresábamos a San Blas.

Juli ya llevaba dentro una gran inquietud por lo taurino. Todos en casa hemos mamado el amor por el toreo. Las fotos de mi padre y los trajes de luces escondidos en los armarios hicieron su efecto. En la «plaza de toros de la calle Fumistería» una silla sufrió hasta el desguace los efectos de cientos de pares de banderillas y estocadas simulados, o no tanto, con trastos de juguete. Juli y yo nos «hacíamos un toro» o dos cada uno y sorteábamos hasta el orden de actuación, porque pensábamos que solo salía en hombros el que torea el último. Él, ya con cuatro añitos y estando en maternas, quería llevar una mochila al colegio, aunque no hacía falta llevarla, porque guardaba dentro un capotillo y una muletita. Cuando los usaba, sus compis le hacían corrillo para verle torear.

También teníamos dos abonos de Las Ventas, primero en la andanada del 6 y después en la grada del 5, y nos hacía mucha ilusión repartirnos las fechas y ver quién se hacía con el abono para ir acompañado de nuestro padre a las mejores corridas de San Isidro.

Por eso, aunque parecía disfrutar de nuestra sobredosis de fútbol, un día Juli se revistió de valor para sugerirnos cambiar de juego. Se hizo con un capote que nuestro padre guardaba en casa y, con Polo haciendo de toro mientras pedaleaba su bicicleta, mi hermano toreó en público por primera vez en el patio que había enfrente de la tienda. Los taxistas salían del vecino bar Don Diego para observar, cigarrillo en mano, la gracia innata del crío cuando jugaba al toro a su manera. Y, como se hacía en las antiguas capeas, luego le dejaban alguna propinilla sobre el capote al finalizar la faena.

Antonio era el propietario de ese bar, del que más de un cristal destrozamos con el balón cuando la modorra nos impedía ir hasta el campo de San Pascual. Cada vez que nos poníamos a jugar, allí que aparecía Antonio arreándonos con una escoba hasta que salíamos huyendo y riéndonos a carcajadas. Pero sus rabiets siempre quedaban en amagos. Era muy aficionado a los toros y quería mucho a mi hermano. Cada atardecer, cuando hacían chirriar los cierres de la tienda, mis padres solían pasarse a tomar una caña antes de regresar a casa y Antonio siempre le daba al pequeño un puñado de cacahuetes junto a un tierno guiño. La costumbre se hizo habitual desde el día en que, para acompañar la cerveza que se estaba tomando mi padre, Juli le pidió «un platito de lo que no cuesta...». La ocurrencia del niño provocó, claro, tremendas carcajadas.

Un año yo me inscribí en el equipo de fútbol de La Concepción y muchas tardes Juli se venía conmigo a ver si el entrenador le dejaba jugar. Alguna vez le ponía de portero, y no lo hacía mal, pero, evidentemente, no daba ni la edad ni la altura. Solía acompañarme muy a menudo, menos los días que televisaban alguna corrida de toros. Entonces no había quien le moviera de la pequeña trastienda, ensimismado como se

quedaba en un minúsculo televisor rojo que aún emitía en blanco y negro, apuntando en silencio sus primeras lecciones de tauromaquia, con la solitaria compañía del *Bollycao* y del *Petit-Suisse* de cada merienda.

Todos los hermanos López tomamos la primera comunión en La Casa de la Virgen, que, como es de suponer, era un colegio religioso. Y siempre la posterior celebración era la misma: una fiesta campera. La de Juli fue en la finca de Juan Rivera, y allí, para sorpresa de todos, salió del burladero y sacó el capote *toreabicis* para darle un capotazo, solo uno, a una becerrita. La estampa era inaudita: un crío de ocho años que no levantaba dos palmos del suelo, vistiendo una chillona camiseta noventera y unos gastados vaqueros, sosteniendo un capote que prácticamente le ocultaba por completo. Fue un lance, solo uno, pero con el engaño agarrado perfectamente.

Después de aquello apenas esperó para pedirle a su padre el regalo que más anhelaba: el ingreso en la Escuela Taurina de Madrid. Su decisión era definitiva, quería ser torero. Y una tarde de otoño, rondando su noveno cumpleaños, llegamos con mi abuelo Ignacio a la Venta del Batán. Le recibió el que iba a ser su primer profesor, Tinín, que antes de enseñarle nada le ordenó que cogiera una muleta y se pusiera a torear. Y allí, en el tercio de la placita de tientas, dibujó naturales impensables para un niño de su edad.

Su aprendizaje en la Escuela tendría el mismo ritmo que el resto de su carrera, meteórico. Al mismo tiempo que pasó del grupo de Tinín al más avanzado de Joaquín Bernadó —un magnífico profesor del que además Julián habla maravillas por su condición humana—, nuestra familia se trasladó a un chalé de las afueras de Velilla de San Antonio, una localidad madrileña a unos veinte kilómetros de la capital. Gradualmente fuimos abandonando aquel colegio de La Casa de la Virgen,

cuyo recuerdo será imborrable. Dirigido por un sacerdote, el padre Carlos, y con monjas internas en el colegio-iglesia integrando el equipo de profesores, nos dieron, aparte de la formación, unas enormes facilidades para toda clase de actividades extraescolares, como las convivencias que, durante veinte días del verano, hacíamos en una de las otras dos sedes que tenía el colegio, en Cangas del Morrazo y Los Barrios.

Pero al famoso padre Carlos, hombre de fuerte carácter, le enojaba muchísimo que un alumno suyo se escapara del colegio para ir a hacer sus primeros tentaderos con la otra escuela, la taurina. Y es que la afición de Julián era tal que hasta un día huyó de las clases en compañía de un amigo. Desde el colegio llamaron a los padres de los dos niños para preguntarles qué les podía gustar para poder encontrarlos. Y los descubrieron rondando por Las Ventas.

No le echaron del colegio gracias a la hermana superiora, que tenía una gran amistad con nuestra madre y que en días así trataba de disimular la ausencia de Julián echando su particular capote... Mi hermano le agradecería después todos esos «quites» brindándole la muerte de un novillo en El Escorial, la única vez que la religiosa se atrevió a ir a verle torear. Nuestra madre aún sigue correspondiendo a aquellas complicidades, *peccata minuta*, ayudando a cubrir alguna necesidad económica del colegio. Y aún hoy por hoy cada vez que El Juli torea, no hay tarde en que a las cinco en punto de la tarde no se encienda una vela en la iglesia de La Casa de la Virgen.

Y es que a Juli, desde chico, no le hacía falta ser buen estudiante. En clase era un alumno normal, algo inquieto. Sus notas no eran especialmente brillantes, aunque, además de la gimnasia, destacaba más en lengua y en ciencias naturales. Le valía su inteligencia natural y despierta para aprobar todas las asignaturas... menos en el octavo curso de la EGB, cuando ya estaba

metido en el toreo casi de lleno. Ese año suspendió dos en junio y, con un verano cargado de festejos, solo dedicó una semana a los libros. Las aprobó con nota en septiembre y la profesora le felicitó por haber sacrificado esos tres meses estudiando...

«NO HACE FALTA ENSEÑARLE NADA»

Las últimas vacaciones reales de mi familia fueron en Barcelona, durante los Juegos Olímpicos del 92. Pasamos unos días fantásticos. Pudimos presenciar el gol de Kiko que le dio la medalla de oro de fútbol a España y vimos baloncesto en Badalona. También hubo tiempo para un *tour* taurino, con visitas a la plaza de toros de las Arenas y a la Monumental, donde Julito dibujó unas verónicas sin más público que nosotros. Y cuando volvimos a Madrid fue cuando la incipiente carrera taurina de Julián empezó a contar con mayor dedicación por parte de mi padre, emocionado por escuchar a su hijo decir que se iba a anunciar «El Juli», como homenaje al sueño que él no pudo cumplir. En el fondo, aquella decisión iba a ser una especie de venganza generacional contra el destino.

El impacto que causó mi hermano en el Batán la primera vez que toreó en público fue tremendo. Aún siento el calor de la plaza, abarrotada, aquella mañana de domingo. Impresionó a todos. Y al primero a Gregorio Sánchez, el director artístico de la Escuela, que andaba mosqueado con mi padre por dejarle torear siendo tan niño... hasta el día en que le vio en escena y quedó absolutamente prendido:

—A este niño no hace falta enseñarle nada —tronó la voz ronca y fuerte del maestro.

Gregorio, el veterano torero de Santa Olalla, se entregó tan plenamente a sus prodigiosas cualidades, que, sin duda,

ejerció una gran influencia sobre Juli y su carrera. Su fuerte carácter, su inconformismo y la tremenda exigencia que tenía con los chavales a los que dirigía tienen mucho que ver en la consolidación de las docenas de proyectos de toreros que surgieron de aquel centro. Y, cómo no, su aportación fue fundamental para Julián.

Aunque el niño rubio seguía en manos del grupo de Joaquín Bernadó, Gregorio mantuvo sobre él una estrecha vigilancia. La certeza de que nunca había visto un caso similar queda contrastada en la dedicatoria de una foto en la que ambos aparecen juntos en la finca de Pablo Mayoral, cuando mi hermano solo contaba doce años de edad:

—Para El Juli, el torero más grande que he conocido en mi vida. Con todo mi respeto y admiración.

«El maestro —contaba Julián en un reportaje, pasados los años— me llevó a todos los tentaderos de la Escuela, en el Batán o donde fuera. En los primeros salía a las becerras en tercera o cuarta posición. Y recuerdo que uno de mis primeros sueños era ser yo quien las recibiera. Parece una tontería, pero cuando lo conseguí no cabía en mí de satisfacción».

La manera en que Gregorio Sánchez se volcó con él provocó alguna que otra envidia entre los otros chicos. En una curiosa anécdota, un «compañero» se tiró de espontáneo en El Batán cuando Juli se disponía a torear de muleta a una becerro. El *pelusón* fue fulminantemente expulsado y la reacción de los verdaderos compañeros, sin comillas, resultó ejemplar, liderados por un Luis Miguel Encabo que defendía a mi hermano en la Escuela Taurina como lo hacía yo en los recreos del colegio.

Además de con Encabo, El Juli compartió tentaderos en su primera etapa en la Escuela con la generación de Uceda Leal, Gómez Escorial, Chamón Ortega o Cristina Sánchez, así

como con la hornada posterior, la de Miguel Abellán, el Niño de Las Ventas, Fernando Robleño, Andrés Revuelta, Paco Perlaza o Sánchez Vara, con quien le unía una gran amistad.

Las muñecas de Julián ligaron miles de naturales de salón antes de encarar en serio la posibilidad de matar su primer becerro, lo que no sucedió hasta el primero de junio de 1993, anunciándose en Villamuelas, ya como El Juli y precedido el apodo en el cartel de un «Julito López» que hacía clara mención a su corta edad. Fue una becerrada popular en la que los «matadores» eran varios vecinos del pueblo, incluido el alcalde. Entre ellos estaba nuestro tío Perico, taxista, amplio de hechuras y antiguo apoderado de toreros de buen corte, caso de Julián Maestro.

Nunca le hubiera imaginado como apoderado o como empresario, aunque fuera de pequeñas plazas, conociendo su carácter socarrón, tan simpático e inocente. A todo el mundo le dice que fue torero, aunque sus actuaciones se limitaban a impresionar a alguna moza del pueblo en las capeas, una audacia que le llegó a costar hasta cornadas. Pero el percance mayor que ha sufrido fue el infarto que le dio hace poco por un atracón de boquerones en vinagre. Cuando le dieron el alta del hospital Doce de Octubre, el propio Juli le fue a buscar con la furgoneta de cuadrillas, como se recoge a los toreros cuando salen del hotel hacia la plaza.

Pero la cosa es que el tío Perico encabezaba el cartel del debut en público de El Juli, y que rebosaba angustia durante las siempre desconcertantes horas previas al festejo. Él mismo ha contado así aquel mal ratito en un reciente reportaje:

—Andábamos el niño y yo en la misma casa, la de mi hermano Emilio. Nos reunimos en un cuarto antes de vestirnos con el traje corto y Juli se sentó en el borde de la cama. Entre tanto, yo andaba de un lado para otro con el cigarrillo entre

los dedos, fumando y fumando. Estaba, lo que se dice, preocupado. Pero el niño seguía sentado tan pancho hasta que, con una pasmosa serenidad, se dirigió a mí y me dijo: «Perico, tranquilo. Que tú de esto no vas a vivir. Si lo ves muy mal le pegas dos por bajo y listo». Imagínate la impresión, y la gracia, que me hizo que el chiquillo, un auténtico *chinorri*, me diera el consejo que necesitaba.

El tío Perico resolvió la situación como buenamente pudo, igual que el alcalde, mientras que el nuevo El Juli esperaba paciente en el callejón, subido a un taburete, hasta que llegó su turno. El añojo, de la ganadería de Gerardo Ortega, de Aranjuez, salió por la puerta de toriles de la portátil y, en lo que parecía un gesto de protección paternal, fue Julián López senior, que hacía tres o cuatro años que se había retirado, quien lo recibió de capote.

Al tiempo, por la misma boca del burladero por donde ahora se asomaba para ver lo que pasaba en la plaza, salió el niño en medio de una gran ovación y manejó la capa con soltura. Luego pidió las banderillas para compartir tercio con Juan Pablo Sabroso, que años después moriría en accidente de tráfico y que ese día, como alumno también de la Escuela de Madrid, ejercía como director de lidia. Con precisión y entusiasmo clavó Juli un ajustado par. Y con su pequeñísimo y torero sombrero cordobés —de las poquísimas veces que lo utilizó, pues siempre prefirió la gorrilla campera— brindó al público su primera faena.

Como le ocurrió al legendario Joselito El Gallo, que no consiguió matar al primer novillo de su vida, El Juli también se desesperó, aunque en su caso viendo como claudicaba una y otra vez el animal por falta de fuerzas. Con rabia y decisión demostró las miles de estocadas ficticias que ensayó en el carretón, cobrando un fenomenal volapié en lo alto. Y se tragó

las lágrimas en la vuelta al ruedo con los máximos trofeos que le dieron para paliar su frustración, pero que a él no le aliviaron nada.

Mejor le salieron las cosas por los pueblos cercanos: Burujón, Almonacid, Jadraque... Brilló en su primera becerrada en la sede de la Escuela Taurina y se presentó a su primer concurso de novales, el bolsín taurino «Monte Picayo busca un toreo». Se celebraba en Valencia y en años anteriores desde allí se habían lanzado proyectos importantes, como Enrique Ponce, aunque no llegara a ganarlo.

Que mi hermano fuera el único madrileño entre tantos valencianos no alimentaba precisamente el optimismo, pero nuestro padre veía en ese concurso una buena oportunidad para darle a conocer. El Juli no tuvo problemas en las pruebas de selección, ni en el toreo de salón ni en las eliminatorias ante las becerras, plantándose en la final junto a tres chavales de la tierra. El matador Vicente Ruiz, el Soro, presente en el certamen, mostró sin complejos su entusiasmo con la superior destreza de Julián, que formó un verdadero alboroto toreando con milimétrica precisión. Y se llevó el concurso por una goleada de votos.

La verdad es que los novilleritos valencianos se portaron muy bien con él. Pero ya era común a esas alturas que Juli despertara envidias entre los otros aspirantes. O, mejor dicho, entre sus progenitores. En otro pueblo de Toledo, un padre le denunció a la Guardia Civil, que ya estaba esperando a que terminara la becerrada para interrogar a aquel chavalín y cerciorarse de que no tenía la edad exigida para poder torear en público. Julián padre, que estaba al tanto, agarró del brazo a Armando y le dijo que, una vez que su hijo matara el becerro, lo sacara disimuladamente de la plaza. Y así fue: por una pequeña puerta el mozo de espadas se llevó de allí a mi her-

mano, que obedecía atónito, pero que no dejaba de quejarse mientras corrían por el centro del pueblo camino del hotel:

—Pero ¿qué prisa tenemos? ¡Si me iban a sacar a hombres...!

EL NIÑO QUE PODÍA CAMBIAR EL RUMBO DEL TOREO

A la sombra del éxito de Monte Picayo ya había gente que sabía de él. Y más aún cuando le entrevistaron por primera vez en el patio del desolladero de Las Ventas, en pleno San Isidro. Fue en Canal Plus, acompañándolo con unas fabulosas imágenes en las que templaba exquisitamente a una vaquilla en medio de la atestada placita de la Escuela Taurina, en su primer tentadero. Y es que aquella plaza portátil de El Batán fue la pionera en los llenos de El Juli, porque cada mañana de domingo se abarrotaba de público al reclamo del prodigio. «La gente se volvía loca», decía y dice el maestro Gregorio.

Pero Antonio Chenel, Antoñete, el torero que ya enriquecía la retransmisión de las corridas por Canal Plus acompañando al periodista Manolo Molés, aún mantenía una cierta reticencia en torno a su figura, suponiéndole las típicas ratonerías que siempre se les achacan a los niños «sabios» del toreo.

Entre unos y otros traían loco a Antoñete con El Juli. Y es que las maravillas que del niño hablaban sin reservas quienes ya le habían visto torear hacían que algunos recelaran. A gente muy relevante del toro se le llenaba la boca hablando de aquel chiquillo prodigioso, como Juanito Bienvenida, que decía que era «uno de esos privilegiados que nacen con el toreo metido en la cabeza, como si llevara toda la vida en esto».